

LA MADRE DE FAMILIA,

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

AÑO V.—NÚM. 3.º

REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15.

Mayo 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Heroes de la Conquista, Hernán Pérez del Pulgar, por R. Milan.—**La belleza ideal,** poesía, por J. Colly y Verri.—**La cajita misteriosa,** por Angela Grassi.—**De las Estrellas,** por F. G.—**Sección doctrinal,** por Enriqueta Lozano de Vilchez.

HEROES DE LA CONQUISTA.

HERNÁN PEREZ DEL PULGAR. EL DE LAS HAZAÑAS.

CONTINUACION.

Grande fué el gozo del valeroso Tendilla y de todos los habitantes de la ciudad, viéndose salvados cuando ya faltos de sustento y casi perdidas las esperanzas de mejor suerte, solo pensaban en vender sus vidas a mas subido precio que pudiesen; y grandes tambien los parabienes, honras y mercedes que, así los reyes como las señoras y grandes de su corte dieron á Pulgar, felicitándole por su valeroso comportamiento. Los primeros, al concederle varios heredamientos en la ciudad, le escribieron: «que se debía á su industria e valor la conservación de Alhama, so su poderio». Obligado Pulgar por el rey á permanecer en la ciudad para su defensa, en compañía de D. Luis Osorio su deudor, oia con impaciencia las nuevas de los continuos encuentros, ya prósperos ya adversos de cristianos y moros en la afanosa guerra de Gra-

nada. El descerco de Loja, en donde estubo á pique de perecer el rey; el desastre ocurrido en los montes de Málaga; la toma de Ronda, el recobro de Zahara, y otros varios hechos y acciones gloriosas, hacian que maldijese Pulgar su permanencia en Alhama, sin participar de los lauros y peligros que á cada momento se les presentaban á los castellanos.

Cuando en el segundo cerco de Loja pudo conseguir acompañar al rey, quiso dar un aviso de su venida con algun hecho señalado; y poniéndose á la cabeza de quince escuderos que seguian sus órdenes, y un pequeño número de peones, se encaminó á la fortaleza del Salar, distante muy poco de Granada, y defendida por un alcaide con fama de esforzado caudillo.

Risa causó a los moros el atrevimiento de los castellanos; pero Pulgar sin arredrarse por el corto número de sus compañeros, acometió varias veces la fortaleza, sin lograr otra cosa que salir herido en uno de estos reencuentros. Esto fué lo que le trajo la victoria: seguros los moros de su triunfo al ver por tierra á Pulgar, salieron en tropel para acabar de exterminar su reducida hueste; pero Pulgar ya repuesto de su caída, y atajándose la sangre con un lienzo, se volvió á poner al frente de los suyos, envistiendo á los moros con tal furia, al grito de *Santiago y cierra España*, que los moros sorprendidos al par que espantados, ni aun tiempo tuvieron para cerrar tras sí las puertas, por las cuales entraron confundidos moros y castellanos, rindiéndose la fortaleza á estos últimos, al poco tiempo de ser acometida. Los reyes Católicos le hicieron alcaide del Salar en premio de este señalado

triunfo, dándole la tenencia para sí, sus hijos y sucesores, con las honras y acatamientos correspondientes. Muchos años despues fué concedido al primojénito de su casa el título de *marqués del Salar*, que aun hoy llevan.

No estuvo Pulgar ocioso mientras se recobraba de su herida, ante, si á cada momento inquietaba á los vecinos moros con sorpresas y arremetidas,

En una de estas hizo cautivo á un valiente moro, que obligado por la generosidad y cortesanía del castellano, se convirtió á la ley de Jesucristo, siendo Pulgar su padrino. Al tomar el nuevo cristiano el nombre de Pedro Pulgar, juró ser fiel á su bienhechor, y mientras vivió cumplió su juramento.

Poco despues hallándose los dos ejércitos á la vista, el moro mandado por el Zagal, rey de Granada, y el cristiano á las órdenes de su monarca, cerca de Velez Málaga, hubo de convenir á los planes de Fernando V, adquirir noticia cierta de la posicion y fuerza del enemigo, y se acordó del nombre de Pulgar, comisionando al intrepido jóven para el logro de tan aventurado pensamiento. No necesitó este oirlo segunda vez, y creyendo poco para su valor el introducirse por medio de las escuchas y atalayas que poblaban las cumbres del Bentomiz, respondió al rey *«Allá voy, señor, á ver lo que hace el rey moro, y si se descuida os le traigo.»* A poco de partir Pulgar, y cuando apenas comenzaba á cundirse la voz de] su salida entre los principales capitanes, volvió dando noticia circunstanciada de su posicion y fuerza, y anunciando que segun los preparativos intentaban alguna acometida.

Reunido el consejo, todos fueron del parecer de Hernando, que opinaba se levantase el campo con sigilo para ir al encuentro de los moros y sorprenderlos.

Al mismo tiempo que esto sucedia en el real cristiano, en el del Zagal se habia resuelto tambien sorprender á los castellanos, y puesto toda su gente en movimiento, comenzaron con la mayor cautela á bajar á la llanura. Ya en marcha los dos ejércitos protegidos por la oscuridad de la noche, debia ser terrible el momento en que se encontraran, cosa que no podia menos de suceder. De repente el estruendo de las armas, el relincho de los caballos y el agudo sonido de las trompetas anuncian el choque. Sorprendido al pronto el Zagal viendo destruida su idea, tardó poco en reponerse, y poniéndose al frente de los suyos, rompe por medio de los cristianos. A Hernando del Pulgar que como mas arrojado iba delante, le arrolló la avenida de los infieles y le llevó gran trecho, dejándole tendido á los piés

de su caballo, traspasado de heridas y lanzadas. Pudo Pulgar levantarse no sin trabajo, roto el casco y falseada la adarga, siguiendo cubierto de sudor y sangre el alcance de los enemigos. En esta jornada ganó mucha gloria y renombre, no solo por haber salvado el ejército proponiendo atacar á los infieles, cuanto por haber confirmado en el campo lo que persuadió en el consejo.

Puesto cerco á Málaga, y elegido Pulgar como el mas á propósito para llevar á sus vecinos una carta en que se le intimaba la rendicion, á la cual se oponia la firmeza del alcaide de Gibralfaro, entró en la ciudad acompañado de un solo escudero sufriendo con serenidad las amenazas del populacho. Nada pudo conseguir, excepto el volver sano y salvo á sus reales, dando cuenta del desempeño de su encargo.

Ganada Málaga por capitulacion, determinaron los reyes poner cerco á Baza, ciudad fuerte, defendida por Cidi Hiaya, su alcaide, moro de extirpe real y acreditada nombradía, que supo resistir los primeros ataques de las huestes castellana.

Cansados algunos guerreros de la prolongacion del durísimo asedio, determinaron de propia voluntad, para no dar descanso á las armas, hacer una correría por tierras de Guadix. Apenas llegó á oídos de Pulgar la secreta empresa que se apercibia, brindose á concurrir á ella, para participar de las glorias y riesgos que pudiesen sobrevenir. Acogióronle con júbilo todos los caballeros, entre los que se hallaban don Francisco Bazan y el hijo del duque de Alburquerque, y aprestándolo todo con recato, dieron tan de repente sobre la comarca del Zenete, que por presto que los moros apellidaron la tierra desde sus torres y atalayas, ya habian asolado los cristianos todo el campo á la redonda, incendiando pueblos, cautivando á sus moradores y llevando el espanto hasta las mismas puertas de Guadix.

Deseoso el Zagal de vengar tamaña afrenta, y juzgando que la rica presa embarazaria la marcha á los castellanos, ordenó que al instante saliesen en busca de ellos un tropel de caballos alfaraces, siguiéndolos él para ser testigo de su triunfo.

Confiados los cristianos en su valor, tomaron sossegadamente la vuelta de sus reales; pero en cuanto llegó á sus oídos que se acercaban á toda brida los moros que de Guadix venian, determinaron hacerles rostro para llevar por galardón mas cumplida victoria.

No tardaron mucho los moros en acometer al reducido escuadron de Castilla: me esclados guer-

eros con guerreros, peleaban en tan estrecho espacio, que ni podían revolver los caballos, ni manejar las lanzas. A duras penas pudieron Pulgar y sus compañeros, inferiores en número al enemigo, retraerse por las ásperas sendas de los montes; pero cuando mas seguros se creían, vieron que se había levantado toda la tierra, y que estaban cercados por un ejército de infieles, que le impedían avanzar ni retirarse. Venían capitaneados los moros por los mas famosos capitanes de la tribu de los Zenetes. Helósele la sangre á los cristianos, contemplando como segura su derrota: un soldado de gran cuenta que llevaba encomendada la enseña de la hueste, huyó cobardemente y acabó de aterrorizar á los suyos. Visto esto por Pulgar, y queriendo mejor perder la vida que ser testigo de su deshonor, se desciñó una toca, y anudándola en la punta de su lanza, cayó como un rayo sobre los moros, diciendo «*Seguidme, compañeros, seguidme, aquí vá el pendon de Castilla.*»

Alentados los cristianos, al par que maravillados con su arrojo, volaron tras del valeroso Hernando, que haciendo ondear el blanco lienzo en medio de una turba de infieles, exterminaba cuanto á su paso se oponía. Tal espanto se apoderó de los musulmanes, que sin atender á los alcaides que les alentaban, se desbandaron por los montes, no quedando en el campo uno que no fuese muerto ó cautivo.

De todas las hazañas del héroe, ninguna parece mas increíble. Cien veces se halló á pique de perecer, y otras tantas se abrió paso con su lanza, gritando: «*Aquí vá el pendon de Castilla.*» Llegado al campo el rumor de tan extraordinaria aventura, salieron el rey y todos los capitanes á recibir al valeroso Hernando y sus compañeros, que destrozadas las armas y cubiertos de polvo, apenas acertaban á recibir las felicitaciones y aplausos de todo el ejército. En aquel mismo acto y sin descansar siquiera de las fatigas de su marcha, fué Pulgar armado caballero por el mismo rey, siendo sus padrinos Don Francisco Bazan y D. Antonio de la Cueva, testigos presenciales de tan grande hazaña. Desde aquel mismo dia llevó por armas, vinculándolas en su familia, un león de oro, en campo azul, levantando una lanza, en cuyo extremo ondea un lienzo blanco; por orla de su escudo once castillos, en memoria de los once alcaides que venció, y por lema esta máxima escogida por el mismo Pulgar: «*Tal debe el hombre ser, como quiera aparecer.*»

Rendidas al esfuerzo de D. Fernando y doña Isabel las ciudades de Baza, Almería y Guadix, y reducido dentro de los muros de Granada el

resto de la dominación árabe en España, intentó Boabdil el último esfuerzo para salvar su reino, y juntando un lucido ejército compuesto de la flor y nata de sus guerreros, salió por la parte en que el Darro y el Genil juntan sus aguas, y tomando la fortaleza de Alhendin, revolió hacia los montes en busca de la costa. A su paso supo que el castillo de Salobreña se hallaba desapercibido, y escaso de agua y mantenimiento. Corrió Boabdil allá, y tomando la villa por entrega de los *mudejares* que la poblaban, puso cerco á dicho castillo, obligando á los poco cristianos que lo defendían á encerrarse dentro de él, sin agua y faltos de otras provisiones.

En tan apurado trance llegó Pulgar á su socorro (que no parece sino que estaba destinado por Dios, para esperanza de los afligidos, é introduciéndose en la fortaleza con setenta amigos valerosos, volvió á alentar el valor de los castellanos. Un dia que estaban amenazados de un imprevisto asalto, sabiendo Pulgar que los moros solo proseguían el cerco por la creencia en que estaban de su falta de agua, y esperanzados en que, acosados por la sed, poco tardarían en rendirse; formó el proyecto de engañarlos, y juntando todo el agua que había de consumirse en algunos dias, se la arrojó en un cántaro con una taza de plata desde lo alto de la muralla. Los moros viendo este desprendimiento, juzgando que no podía faltar el agua donde se arrojaba con tanta prodigalidad, y sabiendo también que los condes de Tendilla y Cifuentes venían en socorro de Salobreña, levantaron el cerco, retirándose á Granada por la falda de la sierra.

Diferido para la siguiente primavera el cerco de Granada, se retiró Pulgar á Alhama, primer teatro de sus glorias, no sin gran pesar por hallarse forzado á la inacción, tan contraria á sus hábitos. En este punto fué donde pensó poner por obra la arriesgada empresa de introducirse en Granada, idea que hacía ya tiempo que fermentaba en su pecho, ansioso de dejar memoria de sus hazañas hasta los siglos mas remotos.

Una mañana á mediados del frio diciembre, llamó Pulgar á los quince escuderos que hemos dicho que le seguían; y haciéndoles presente su intento (no sin gran sorpresa y admiración por parte de todos ellos) procuró convencerlos de la gloria que podía resultarles con tal hecho; convidándoles por último á que le siguiesen para el caso de que los moros le salieran al encuentro. No se les ocultaba á aquellos hidalgos los riesgos de la aventura; pero como todos eran de esforzado corazón, ofrecieron á Hernando su ayuda, jurando no desampararle en ninguna oca-

sion. Convenidos en la hora y sitio de la reunion, se separaron para disponerse á tan peligroso trance. A la caída de la tarde ya se hallaban reunidos en las puertas de Alhama; y se cuenta que un viejo al oír el ruido de los caballos, se asomó á una ventana, y dijo al verlos: «*Con Pulgar, is...? La cabeza llevais pegada con alfileres.*» Tanto cundió este dicho, que quedó convertido en adagio.

Por montes y barrancos cabalgaron toda la noche y la mayor parte del día siguiente, y á la caída de la tarde ya se hallaban á pocas leguas de la ciudad, Hizieron alto en un sitio resguardado del paso de la gente, y Pulgar que solo pensaba en el logro de su proyecto, mandó á algunos de los suyos que le cogiesen retamas, puesto que despues les serían útiles. Creyéndolo un capricho, le preguntó Bedmar si iba á pegar fuego á Granada, quedando sorprendido cuando le contestó el caudillo que efectivamente aquel era su intento.

(Continuará.)

R. M.

LA BELLEZA IDEAL.

ODA.

*Oh lumbre misteriosa
Al sentido mortal siempre velada;
Por ti suspira ansiosa
El alma desterrada.
De su primera celestial morada;
Su serviz irguió impura
La serpiente del mal, y huiste al cielo,
Dejando en amargura
Y torcedor desvelo
En tinieblas envuelto el hondo suelo.
Los celajes y flores,
La airosa cumbre donde el sol centella,
Los rios corredores,
La silenciosa estrella,
Impresa aun guardan tu divina huella.
Si en risueña alborada
Canta el ave al nacer del nuevo día,
O en la noche callada
Suenan triste elegía
Dentro el recinto de la selva umbría;*

*Si la fuente murmura,
O suspiran las auras; si violenta
Rasga la nube oscura
Y en las olas se asienta
Del mar, que ronco brama, la tormenta;*

*Tú brillas: dentro el pecho,
De inmortal voz retumba el eco santo,
Y el corazón deshecho
En copioso llanto
Respira exento de inmortal quebranto.*

*Sombras de un bien perdido
Agitanse en la mente; vago crece
Deseo indefinido
Que alegra y entristece;
La tierra de los ojos desaparece.*

*Bien como al deslizarse
de cenicienta niebla los vapores
El valle empieza á ornarse
De formas y colores,
Centellando entre vivos resplandores;*

*Asi en la fantasía
Mundos surgen de luz pura y riente
Do nunca muere el día;
El pensamiento hirviente
Se precipita en rápido torrente.*

*Arde la veloz rueda
Entre el polvo de Olimpia glorioso;
Rojeante humareda
El destino ominoso
De Troya anuncia y caso lastimoso.*

*De Oreste parricida
Desgarran las Euménides el seno;
Llora la luz perdida
Edipo; sordo trueno
Retumba, y calla el circo de horror lleno.*

*Corre al sepulcro santo
Cual desbordado rio la cruzada;
Libre ondea en Lepanto
Y en la hermosa Granada
La bandera de Cristo desplegada.*

*Suenan las alas de oro
Del Dante y Calderon en las moradas
De eterna dicha ó lloro,
De espíritus pobladas
Y de planta mortal jamás holladas,*

*Beethoven gime y canta,
Orlado de ciprés Mozart camina;
Bajo la arcada santa
Armonía divina*

*Mueve el pecho de Bach y Palestrina.
Cual tempestad retruena
La voz de Hydin del Gólgota en la cumbre;
Grito de espanto y pena
Lanza la muchedumbre,
Y espera con horror del sol la lumbre,*

Del templo el velo roto,
De los sepulcros rómpense los lazos;
Furioso terremoto
Agita sus cien brazos;
Cruge la piedra y salta hecha pedazos.
En misterioso sueño,
¡Oh Velazquez! de noche rodeado
Viste en el santo leño
Al Dios crucificado
De sangrientas espinas coronado.
Y tú, gloria de Urbino,
¡Quién como tú sintió la cruel herida,
Y aquel dolor divino
de la Madre asfijada
Tierna llamando al Hijo de su vida!
Mas ya en dichosa nube
De arreboles y oro recamada
Triunfante al cielo sube
La Víctima preciada,
Y el arpa gime de Leon sagrada.
Como antorcha en la altura
Que hasta el profundo abismo su luz vierte,
Arde limpia y fulgura
La Iglesia del Dios fuerte,
Y enfrenada à sus pies ruge la muerte.
Sobre yermos y osarios
Arcos de paz los Angeles colocan;
Sonoros campanarios
Que à la oración convocan
Al alto cielo con sus cruces tocan.
El concierto sublime
De los astros que vagan por la esfera,
La arquitectura imprime
En la mole severa,
De lejanas edades mensajera.
Hija del pensamiento
La línea en torno la materia gira,
Y del alma el acento
En la forma respira
Como en las cuerdas de armoniosa lira.
¡Oh lumbré soberana,
De la eterna Verdad fiel compañera,
Del bien supremo hermana!
Ay, quién feliz pudiera
Con tus alas volar al alta esfera!
¡Quién pudiera ¡ay! del alma
Saciar la ardiente sed que le devora!
¡Quién ¡ay! tornar la calma,
Oh lumbré encantadora,
Al triste corazón que ausente llora!
La patria do te escondes
En valde buscan mis cansados ojos;
Te llamo y no respondes.....
¡Solo yertos abrojos
Do quier contemplo y miseros despojos!
Ya que no puedan verte,

Nunca cesen mis ojos de llorarte,
Ni el alma de creerte,
Ni el corazón de amarte,
Ni el balbuciente labio de ensalzarte.

—
Vosotros, que el acento
Del alma poseéis sábio, elocuente,
Decid lo que yo siento,
Decid lo que impotente
En vano anhela descifrar la mente.
Cantad, y vuestro canto
Del alto cielo al corazón descienda,
En amor puro y santo
El espíritu encienda,
Y vencedor del tiempo el ruelo extienda.

J. COLL Y VERÍ.

LA CAJITA MISTERIOSA.

La emulacion tiene su trono à los pies de Dios y ella es la autora de cuanto grande y sublime existe sobre la tierra: ella dirige la paleta del pintor, hace brotar los versos cadenciosos de los labios del poeta, inspira al músico sus celestes armonías. Sábios, políticos, guerreros, todos la deben el lauro que ciñen a su frente: à ella deben sus palmas inmortales los mártires, los santos, los varones justos y prudentes à quienes rinde un tributo de respeto el mundo.

Mirad por do quiera: sin la noble emulacion no existirían esos dilatados campos con tanto arte cultivados, esos soberbios monumentos que embellecen las ciudades populosas, ni esos millares de fabricas que son otros tantos templos de la industria.

Sin ella, el telégrafo no transmitiría instantáneamente la palabra humana de un polo al otro polo, ni la soberbia locomotora, devorando los espacios, haría que todos los hombres de la tierra fuesen hermanos y tuviesen una sola patria.

Pero la mayor de las virtudes puede convertirse en el más innoble de los vicios, y es preciso saber distinguir entre ambos: la envidia es el vil insecto que contempla con saña los brillantes destellos del astro del día, y quisiera, para igualarle à sí, apagar su luz y reducirle à la condicion del cieno inundo en donde se revuelca: la emulacion es el águila atrevida, que mira el sol frente à frente, y tiende el vuelo para remontarse hasta su esfera.

La prueba más grande que tiene el hombre de su propio mérito, consiste en no sentir en sí mismo tristeza por la gloria ajena y si el noble

entusiasmo de alcanzarla por medio del estudio ó de magnánimas virtudes.

Guillermo Shakespeare, el célebre poeta inglés, nació en Strerford, ciudad del condado de Warwicw, en 1564.

Su padre contaba con muy escasos bienes de fortuna y tenía diez hijos, de los cuales el mayor era Guillermo.

No bastándole su empleo para sostener tan numerosa familia, trataba en lanas, y quiso que su primogénito se dedicase al comercio. A esto debió el futuro poeta el recibir alguna instrucción, aunque imperfecta.

Locuras y turbulencias de su juventud le llevaron á reunirse á una compañía de cómicos ambulantes, que representaban groseras y descabelladas farsas.

Shakespeare brilló poco como actor, pero al recitar las pesadas é insulsas composiciones de los otros, sintió brotar en su pecho el fuego de la inspiración. Sus ensayos tuvieron un feliz éxito é hicieron que fuese amado del público y considerado por sus compañeros.

Guillermo era de un carácter amable, franco, igual, y tenía un alma generosa y caritativa.

Sucedió, pues, que un día se acercó á él un pobre albañil, y con ademán confuso le presentó una comedia escrita por él, diciéndole que en vano se había dirigido á los otros cómicos, pues no solo no se habían dignado leerla sino que le habían despedido con insultante desprecio. El infeliz añadió que no podía resignarse á manejar la piqueta, como su padre, y que sin embargo su padre era octogenario y tenía seis hermanos á quienes sostener.

Shakespeare, que se dirigía al campo en compañía de un anciano cómico, á quien amaba y respetaba en extremo, retrocedió precipitadamente y condujo al albañil á su propia casa.

Allí leyó con detención la obra; pero á medida que leía sus mejillas se iban coloreando y el asombro se pintaba en su semblante. Cuando hubo concluido, se arrojó en los brazos del joven, declarándole que su comedia era magnífica y tributándole los más expresivos elogios.

Sin embargo, no le prometió nada.

Pasáronse algunos días, y el anciano cómico observó que Guillermo, contra su costumbre, estaba triste y pensativo.

Una mañana le preguntó la causa de su preocupación.

—El recuerdo de la obra del albañil me persigue, murmuró el poeta; su lectura ha destruido mis esperanzas de porvenir y gloria. He hallado quien me aventaje; ya no seré el primero de todos; tendré que renunciar á los aplausos del público que tanto me enajenan.

El anciano nada dijo, pero le propuso ir á pasear á un magnífico jardín que se divisaba no lejos de aquel sitio.

—Hé aquí, exclamó deteniéndose en su dintel, he aquí una multitud de hermosas flores, y en verdad que no se sabe á cual dar la preferencia. Si bella es la rosa, bello es el tulipán: bellos son el clavel y el blanco lirio; ¡qué espléndida aparece á mis ojos la dalia, descollando sobre el verde musgo, pero cuán delicioso es el perfume que esparce en torno la violeta escondida entre

la grama! Cada flor tiene su encanto peculiar: la una cautiva las miradas por la viveza de sus colores, la otra por su inmaculada blancura, la de mas allá por el ramaje que protege sus capullos delicados, y este variado conjunto es el que constituye la belleza de los prados. ¿No te parecería estúpido que la rosa envidiase al tulipán y el tulipán á la violeta? No: cada flor se ufana con los dones que ha recibido de la Providencia, y procura concurrir con su hermosura á la hermosura del armonioso todo.

Pues bien: lo mismo sucede con el génio: cada uno puede aspirar en su género al bello ideal de la perfección humana. La energética lira de Homero no apaga los dulces ecos de la de Virgilio, ni la fama del elegante Terencio menoscaba la del ingenioso Plauto, así como los trinos del ruiseñor no hacen desmerecer los cantos del giluero, ni el brillo de una estrella ofusca el brillo de otra estrella.

El estudio y el trabajo todo lo alcanzan; pongámonos un fin mas alto en la vida que el de estar lamentando el ajeno mérito y la ventura ajena; procuremos cultivar con asiduidad el talento que nos ha dado el cielo, y concurrir con nuestro pequeño esfuerzo á la grande obra de la regeneración humana en todas las esferas del saber, en todas sus manifestaciones de honradez y de virtud.

La lección no fué perdida para el magnánimo Guillermo.

Desde aquel instante trabajó con noble ardor para que la obra del albañil se pusiese en escena, y aún no habían pasado quince días, cuando el público que asistía á su representación proclamaba con entusiasmo el nombre de Benjamin Johnson, que era el nombre del modesto autor, el nombre ilustre que debía dar á la comedia inglesa una nueva forma.

Este éxito ruidoso llenó de sincera alegría á Guillermo, quien al retirarse á su casa, recibió una cajita misteriosa.

La caja contenía una rama de laurel, y en una de sus hojas se veían escritas estas palabras: *«Donde la envidia muere nace la verdadera gloria.»*

Shakespeare creyó que el presente dimanaba del anciano cómico.

Desde entonces fué el amigo más fiel de Johnson, quien se conquistó un nombre célebre al lado del suyo, y sin duda á la noble emulación que existía entre ellos, debieron ambos el estar inscritos en el libro eterno de la fama.

Shakespeare había encontrado un rival digno de su talento, y *Otelo, Hamlet, Macbet*, el rey Lear, Julio César, Enrique IV, Ricardo II, fueron las hojas mas brillantes de su corona poética.

La gloria siguió sus pasos desde el principio de su carrera, y el pueblo, trasportado de entusiasmo, se agolpaba para escucharle y aplaudirle á cualquiera parte que fuese. La Reina Isabel le colmó de beneficios y distinciones; Jacobo I hizo lo mismo, y á su ejemplo se gloriaron de protegerle y amarle los principales magnates de la corte y los hombres mas eminentes de su época.

No brillaba solo por su talento; si su génio avasallaba, su caridad y su benevolencia seducian, y murió á los cincuenta y dos años en Strotford llorado y bendecido.

Su fama fué creciendo despues de su muerte, y en 1740 le elevaron un soberbio monumento en Westminster, en donde duerme el sueño eterno al lado de los reyes y los hombres célebres.

Sus descendientes conservan aún la cajita misteriosa. El laurel se ha convertido en polvo: ¡al fin lauro de la tierra! pero un diminuto pergamino guarda la sentencia trazada por la misma mano de Guillermo.

«Donde la envidia muere nace la verdadera gloria».

ANGELA GRASSI.

DE LAS ESTRELLAS.

De los innumerables astros que pueblan los cielos, merecen particular mencion las estrellas fijas; las errantes, los aerolitos y constelaciones; toda vez que las observaciones hechas hasta el dia, si bien hacen presumir la existencia de otros muchos mas, no han dado el resultado que era de desear, debido á la imperfeccion de los medios empleados. La imaginacion del hombre se confunde y extravía muchas veces, en vista de un espectáculo tan sublime, y no puede menos de sentir su debilidad y su pequeñez ante la infinita grandeza de Dios.

Generalmente llamamos *estrellas fijas* á los astros que conservan sus posiciones relativas é invariables en el espacio, porque nos las hace percibir sucesivamente por consecuencia del movimiento de rotacion de la tierra de Oeste á Este. No es posible apreciar el diámetro de las estrellas, efecto de la enorme distancia que nos separa de esos astros que aparecen como puntos más ó menos brillantes ó luminosos.

Una de las estrellas mas cercanas de nuestro globo en Europa, conocida con el nombre de Sirio, y la mas brillante, se halla á una distancia de 3.000.000 de millones de miriámetros, y la luz que nos envía gasta como unos tres años en llegar hasta nosotros. La luz que tienen debe serles propia, toda vez que la considerable distancia que las separa del sol, hace casi imposible que reciban de él ninguna otra luz de reflexion que pueda apreciarse.

Cuando el hombre en su incansable investigacion desea adquirir algunos conocimientos sobre cualquier idea en la atmósfera, la luz del sol, reflejada por el aire en todos sentidos, nos priva completamente de la vista; así pues, no vemos las estrellas en medio del dia, porque aquella no puede ser sensible á la luz, mucho mas débil que nos viene de estas; de donde se deduce que las estrellas están noche y dia presentes á nuestros ojos. Así se comprende como la luz de una lámpara en pleno dia aparece amortiguada por consecuencia de la luz del sol, y el estampido del cañon nos priva oír el tiro de una pistola.

De vez en cuando se ven por las noches unos puntos

brillantes que recorren el cielo trazando un surco luminoso como el de un cohete, apagándose al momento. A estos puntos se les ha dado el nombre de *estrellas errantes*. Se explica perfectamente el que unos pequeños astros análogos á los planetas, de que hablaremos despues, que giran alrededor del sol, atraviesen con gran velocidad la atmósfera de la tierra, se calientan con el contacto del aire, tanto que se vuelven luminosos, y se apaguen luego que pasan los límites de nuestra atmósfera. Generalmente vemos este hecho en los meses de Agosto y Noviembre, por lo cual se cree que las estrellas errantes se encuentran reunidas en grupos numerosos que se interponen muchas veces á primeros de Febrero y Mayo entre el sol y la tierra, produciendo una disminucion de temperatura siempre sensible en esta época.

Los *aerolitos* son unas masas minerales que contienen hierro y caen de las altas regiones de la atmósfera. En un principio se creyó que estos cuerpos eran piedras arrojadas por los volcanes de la luna; pero tienen mas probabilidad de ser pequeños astros errantes como las estrellas, que llevan el mismo nombre. En 1803 en Normandia, cayó una lluvia de aerolitos, y despues han caido otros varios, contándose entre ellos uno que pesaba 35 kilógramos. Tambien se le suelen llamar *bolidos*.

Con el fin de facilitar la investigacion y estudio de las estrellas que pueblan la atmósfera, desde muy antiguo las han clasificado en grupos llamados *constelaciones*, dándolas nombres tomados de la mitología, de la historia ó las ciencias naturales. Las principales visibles en nuestro horizonte son las siguientes: La *Osa mayor*, la *osa menor*; en esta constelacion figura la estrella polar, que enteramente está inmóvil en el cielo y da la direcion del Norte. *Casiopea*: presenta la figura de una silla volcada. El *Cochero*: forma parte de esta la estrella *Cabra*. *Orion*: son dos estrellas de primera magnitud.

El *Toro*: tiene una estrella de primera magnitud, *Aldebaran*. El *Can menor* tiene su estrella primaria *Procion*. El *Can mayor*: su boca está formada por la estrella *Sirio*. La *Lira*: posee la hermosa estrella primaria *Vega*. El *Boyero* ó *Bootes*: tiene la estrella notable *Arcturo*. El *Leon*: tambien tiene su estrella primaria *Régulo*, *Hércules*; hácia la que parece adelantarse el sol. El *Pez austral* contiene la *Fomalhaut*, etc., etc. Es incalculable el número estrellas visible en toda la extension del cielo.

Seran señales de buen tiempo cuando las estrellas muestran su luz brillante, se manifiestan en grupos numerosos y están quietas; cuando están fijas y les rodea algun círculo bien blanco, amarillento ó de otro color, templado y seco en el verano, y de mucho frio en el invierno con algunos vientos.

De lluvias: si muestran su luz pálida, pocas y determinadas, ó si estas tienen círculos que aparecen y desaparecen simultáneamente. Denotan tempestad cuando se enturbian las estrellas, cuando se pierden de nuestra vista (efecto de que las nubes se interponen entre aquellas y la tierra), sin que haya tampoco luna.

F. G.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(Continuacion.)

En efecto, la Marquesa que les observaba de lejos no pudiendo comprender lo que pasaba, quiso saber á que atenerse, y les mandó subir á todos para dilucidar la cuestion.

Un instante despues, los cuatro niños se hallaban á su lado, y la Marquesa preguntaba á la pordioserita.

—Como te llamas, y quien eres, hija mia?

—Me llamo Andrea y soy la hija de Gabriela, la pobre enferma que se sienta los Domingos á la puerta de la iglesia, y á quien V. dá limosna cuando vá á misa mayor.

—Pero ¿porqué llorabas? y sobre todo ¿porqué he visto desde aquí que te amenazaba mi nieto?

—Por qué...

—Vaya, dímelo todo, que quiero saber la verdad.

Andrea, contó lo que ya hemos referido nosotros, añadiendo despues,

—Yo no me podía detener: iba corriendo á buscar al señor cura, por que mi madre está muy mala y dice que quiere verle; por eso nome estuve allí quieta cuando me lo mandó el señorito, y por eso mi perro... ay! señora, dígame V. que no le pegue, que no le maltrate mas: ya le ha lastimado una pierna con la piedra que le tiró, y el pobrecillo no puede andar; pero si le mata, me quedará sola, sin un compañero, y sin tener con quien jugar ni....

La Marquesa de la Fé, miró severamente á su nieto y le dijo con voz grave.

—Adolfo, has hecho mal en castigar á ese infeliz animal, que te daba un ejemplo de lealtad, defendiendo á su dueña: has sido injusto, y vengativo además, y eso me disgusta. El que es cruel y dañino con un pobre perro, demuestra un corazon duro y frio, y ya sabes, hijo mio, que una persona que no siente la compasion y la piedad, ni es buena, ni puede serlo: acuérdate, Adolfo, que los animales sienten y sufren, y que es poco noble hacerles daño, valiéndose de su impotencia.

—Pero abuelita, yo....

—Tú, vas á socorrer ahora mismo á Andrea, y borrarás de este modo el daño que le has hecho, además...

—Socorrerla? eso sí, yo le daré el dinero que tengo para comprar dulces el Domingo.

—Oh! es de veras? exclamó Andrea con alegría: y despues conteniéndose con vergüenza; así, dijo, así podré comprar á mi madre leche y vizcochos, por que la pobrecita está muy mala.

La Marquesa miró á la pequeña niña con interés y murmuró dulcemente.

—Muy bien, hija mia, así debes hacerlo siempre:

Adolfo, que tenia un buen corazon, entregó á la mendiga todos los cuartos que poseia y ella se levantó para salir, dando antes las gracias á la Marquesa y á sus nietos.

Andrea echó á correr, y su perrillo la siguió, aunque haciendo un esfuerzo supremo y sufriendo el dolor de su pierna por no abandonar á su ama: ésta que le vió de aquel modo, le tomó en sus brazos y lo llevó consigo, prodigándole mil caricias.

—Vé, ahí, hijo mio, un ejemplo bien digno de imitarse.

—Cuál? preguntó Adolfo, que ya estaba arrepentido de lo que habia hecho.

—El de la lealtad, y el de la gratitud. Oh! si tú supieras cuanto valen ambas.

—Abuelita, dijo Julieta adelantándose, quieres concederme un favor?

—Dílo que anhelas, hija mia.

—Mira, Andrea dice que su madre está enferma, y al tomar el dinero que mi hermano le dió, solo ha pensado en llevarla algun regalo, sin acordarse de ella misma, que acaso...

—Y bien, ¿que quieres?

—Todavía es temprano, nuestros amigos tardarán en venir, ¿me permites que vaya con Ana y déala pordioserita mi merienda de esta tarde?

—Pero tú...

—Yo no la necesito, y sobre todo, seré muy feliz, si me concedes lo que te pido.

—Pues bien, hija mia; no quiero oponerme á tú buen propósito: vé á ponerlo por obra, y dile á Petra que añada algo mas en nombre mio.

Julieta no se hizo repetir la orden, y arrastró mas bien que llevó consigo á Ana, saliendo las dos en busca del ama de llaves.

El niño estimulado por el ejemplo de su hermanita, se acercó á la Marquesa y besando su mano.

—¿Me perdonas, abuelita, mi mala accion? dijo humildemente.

—Oh! sí; por que esas palabras me prueban que estás arrepentido, y el arrepentimiento de una falta la borra completamente.

—Pues, mira, yo tambien voy á ver á la madre de Andrea, y si tú quieres, diré al médico en tu nombre, que se informe de su estado, y las medicinas que necesite yo las pagaré.

—Tú, hijo mio! y de qué modo?

—Papá me ha ofrecido hacerme un regalo, comprarme lo que yo pida, si me aplico mucho, y para cuando volvamos á Madrid he adelantado algo en mis estudios.

—Y bien?

—Yo no dejaré los libros en todo el día, tú se lo escribirás á papá, y le dirás en mi nombre, que el mejor regalo que puede hacerme, es pagar el gasto que esa pobre mujer llegue hacer en la botica.

La Marquesa abrazó tiernamente al hermoso niño y le dijo conmovida.

—Anda, Adolfo mio, anda á llevar á la enferma la buena noticia de que desde ahora tendrá médico y medicinas. Yo me encargo de todo, pero que sepa que te lo debe á tí, y sus bendiciones caerán sobre tu frente desde hoy. Tu hermana y tú sois unos buenos niños, y estoy contenta de ambos. Vé á cumplir tu consoladora misión, y no tardes en volver, que en breve llegarán nuestros amigos y no quiero que dejes de estar á mi lado.

(Continuara.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.